

G L O S A S

UN LIBRO DE MARIANO ARAMBURO

Salvos aquellos discursos con proporciones de ensayos que fuera publicando separadamente, y exceptuándose también la pequeña selección editada hace tres años por el **Repertorio Americano** de Costa Rica, don Mariano Aramburo todavía no había dado a la stampa el grueso de su copiosa labor tribunicia; largo tiempo atesorado en sus gavetas. Ahora, sin embargo, un nuevo período parece recién abierto en la fecunda vida del ilustre polígrafo. Y este libro de "Discursos Cívicos" con que acaba de regalarnos, dijérase jalón y primicia de esa nueva etapa, bien que sólo la recopilación de aportes anteriores.

En la ya larga actuación de don Mariano Aramburo se advierten con efecto, tres épocas que corresponden a otras tantas actitudes suyas, a otras tantas maneras de participación en la vida nacional. La primera fué la que pudiéramos llamar de opinador militante, allá cuando, pujantes todavía sus juveniles arrestos y recién florecidas sus largas disciplinas de Zaragoza, aportó las aptitudes que unos y otras le daban a la formación de nuestra conciencia política, bajo los albores de la independencia. Su faena tribunicia de entonces fué, principalmente, la de un esclarecedor de los conceptos políticos en que se pretendía fundar la nacionalidad cubana. Producto de aquella labor nobilísima—tan frecuentemente olvidada por los detractores inconsultos que hablan del—cubanismo de Aramburo—son los primeros discursos que integran este volúmen: ejemplos admirables de sapiencia jurídica, de entusiasmo patriótico, de levantada visión sobre los problemas de aquella triste y turbia época de noviciado republicano y ejemplos siempre, en fin, del elocuente decir característico en nuestro primer hablista criollo.

Después de aquella época de actuación directa en cierto modo malograda, ya que no le rindió a Aram-

buro la pre-eminencia directriz y política de que se había hecho digna, las faenas diplomáticas por una parte y las de gabinete por otra divirtieron a don Mariano de su primera vocación militante. A la postre, ésta no era su vocación más honda. Lo que solicitaba aquel espíritu generoso de sus claridades, tan larga y variamente disciplinadas, era la cátedra universitaria que le fué prometida y eventualmente negada, mediante una de esas ruínas o estúpidas postergaciones implícitas en que el trópico abunda. Pese a la evidencia de una preparación académica insuperable y de una aptitud intelectual puesta de manifiesto, una y otra vez, en obras de elevado alcance y de largo aliento, Aramburo nunca logró que se le reconociese su derecho lógico y moral a participar en la enseñanza superior de un país tan menesteroso como el nuestro de genuína competencia docente. La tristeza, la íntima amargura de esa vocación insatisfecha dan cierto matiz externo de melancólico retraimiento a aquella segunda fase de su actuación y se deja percibir dignamente en muchos de los discursos de entonces que estas páginas nos conservan. En el emocionado brindis con que agradeció el banquete que se le ofreciera en 1907, a raíz de su "segundo regreso" a nuestra patria, lo declaró con noble y dolida sinceridad, insinuando el dudoso porvenir de un pueblo que descuidaba la utilización adecuada de sus hijos más dispuestos.

Si oficialmente no se le confió entonces a Aramburo la misión directriz a que sus méritos le consagraban, en cambio socialmente, en la conciencia de sus conciudadanos, su prestigio intelectual cundía cada vez con más firmes y extensas raigambres. Vuelto a Cuba tras el paréntesis diplomático en sud-América, Aramburo ofició como nuestro máximo orador en la tribuna académi-

ca. De esta época son sus magistrales discursos sobre "La civilización cristiana", el elogio de la Avellaneda "que fué la más grande entre las poetisas de todos los tiempos", la bellísima glosa de un texto de Martí, glosa que pudiera servir de ejemplo a la obra de divulgación que el evangelio patricio está reclamando; la preciosa parábola "Muerte y resurrección de Altisidora", donde el castizo, pulcro, noble y sonoro decir se hace plenamente digno del motivo cervantesco que lo inspira; el estudio sobre "Los documentos judiciales de don Quijote", originalísima exposición del pensamiento jurídico de Cervantes; "La oración de la raza", que es el único discurso verdaderamente conceptuoso y persuasivo sobre tan sobado tema que yo haya hasta ahora oído; y, en fin, el elogio de "El ideal" donde hay dos o tres páginas definiendo el tema que son dechados para la futura antología de nuestra prosa cubana.

Y tras aquellos años de labor de gabinete y de tribuna—labor de una fecundidad y una alteza intelectual ejemplares—, en los cuales Aramburo va dando cima a su primer tomo de la "Filosofía del Derecho", he aquí que se abre ahora para el insigne polígrafo una nueva era de actividades. El Gobierno del General Machado, a instancias inteligentísimas del licenciado Barraqué, enlista los servicios del profundo jurista en la obra incipiente de renovar nuestras leyes. El intelectual modelo

es, al fin, sacado de su gabinete, llamado a cooperar, directamente y no sólo por su abstraída ejemplaridad, en el progreso patrio. Primicia de esa cooperación es ya el admirable "Código del Trabajo" que acaba de ser recomendado a la consideración legislativa.

Cernida esa triple actuación—política, académica, jurídica ¿qué quedará de substancial por la obra de Aramburo? Quedará, en primer lugar, su influencia innegable, siquiera parezca muy indirecta, en la elaboración de nuestra personalidad colectiva; su ejemplo de cultura, de laboriosidad fecunda, de aristocracia mental; su devoción a los principios y a la disciplina en épocas en que unos y otras anduvieron en precario. Quedará después su labor de jurisprudencia, extrínsecamente admirable, cualquiera que sea el grado de su originalidad. Quedará, en fin, el ejemplo de aquella actuación tribunicia que las páginas de este libro contribuyen a recoger: la oratoria de un hablante purísimo, excesivamente "aclarado" si se quiere, frondoso a veces en demasía y harto atento siempre a las consabidas "galas" del discurso; pero que nunca se permitió agraviarnos la inteligencia con la mera palabrería.

Jorge MACHADO

JM, Nov 16/25



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA